

SERMON

DE LA

VISITACION DE NUESTRA SEÑORA.

El unde hoc mihi ut veniat Mater Domini mei ad me?

¿Y de dónde esto á mi, que la Madre de mi Señor venga á visitarme?

Luc. cap. I, v. 43.

Hé aqui, señores las espresiones, con las cuales manifiesta su admiracion la esposa de Zacarías al recibir la distinguida honra de ser visitada por la Madre de su Dios. Los saltos de júbilo que en su seno dá el tierno infante destinado para señalar con su dedo al Sol divino de justicia, al cordero de Dios que quita los pecados del mundo, al tiempo mismo que la inspiracion divina, le hacen comprender el gran misterio, que aun era arcano impenetrable á las demas criaturas. Que el Mesías anunciado tan repetidas veces por los Profetas, y por cuya venida suspiraran los Patriarcas y demas justos, reposaba ya en el seno virginal de la bella doncella de Israel que con tanta dignacion la visitaba, era un misterio que ilustrada por Dios conoció con claridad. Por esto al ver á María en su presencia pronuncia unas palabras en un todo

semejantes á las que prefiriera el Parainfo celeste pocos dias antes y á la misma María al anunciarle el gran Misterio de la Encarnacion del divino Verbo; palabras que hace cerca de diez y nueve siglos vienen repitiendo los mortales y que formarán una de las glorias de la Iglesia, hasta la consumacion y el fin: son palabras que todos conoceis y que repetís diariamente con la boca y con el corazon: *Bendita tú entre las mujeres, y bendito el fruto de tu vientre.* Hé aqui, señores, reunidas en tan breves conceptos todas las magnificencias con que plugo el eterno enriquecer y adornar á la criatura feliz predestinada desde antes que existiesen los siglos para ser un dia reclinatorio de la divinidad ó como la llama elocuente y graciosamente San Bernardo, el mundo de la Santísima Trinidad.

Criatura privilegiada, margarita la mas preciosa que viera el universo, alma gloriosa en cuya creacion hizo ostentacion el Eterno Padre de toda su Omnipotencia, como se espresa el citado Padre San Bernardo: ¡Salve mil veces! Bendita eres entre las mujeres, porque mereciste ser astro de ventura y de singular belleza destinado á disipar las tinieblas de la humanidad. Tálamo de Dios; Firmamento maravillosamente formado: Torre de David de la que penden mil escudos; Paraíso delicioso del impecable Adan; Salve, la humanidad agradecida formará siempre un eco que unido al de Gabriel y al de Isabel la madre del Bautista, te aclamará siempre bienaventurada porque el Señor es contigo, porque mereciste concebir en tu seno y dar á luz á Cristo Jesus, que quitando la maldicion nos dió su bendicion, y nos constituyó de nuevo herederos de la gloria.

¡Qué mucho, señores, que entusiasmado el cristia-

nismo en toda la faz del universo, se agrupe en torno de los bellos simulacros de María: que se asocien los fieles formando congregaciones, para tributar con la mayor grandeza y la mas sincera devocion cultos reverentes á la que si no fué la causa primera y principal de nuestra salvacion, fué sí la escala por la cual Dios bajó á la tierra, para que el hombre mereciese subir al Cielo, como se espresa San Agustin! ¡Qué mucho, no tenga interrupcion esa cadena de adoradores que viene sin cesar cantando las glorias de María, y llamándola como el Angel é Isabel, bendita entre todas las mujeres!

Si cumpliéndonos hoy fijar nuestra atencion en la morada de Isabel y contemplar el Misterio de la Visitacion de Nuestra Señora, examinásemos detenidamente el trozo del Evangelio en el cual se nos da cuenta de este pasaje, haríamos hoy un discurso interminable, porque todo él es un rico venero de doctrina y de santas enseñanzas, cuya esplanacion completa no es fácil reasumir en el corto tiempo que debe ocuparse en un discurso de este género. Ved aquí, mis señores, por que me he fijado en las espresiones de admiracion pronunciadas por la esposa de Zacarías al contemplar la honra que la Madre de Dios le dispensara al visitarla: *Et unde hoc mihi ut veniat mater Domini mei ad me?* Examinemos pues la causa de esta visita y descubriremos que la caridad hizo á María atravesar con prisa las montañas de la Judea para visitar á su parienta Isabel y prodigarle sus cuidados, y que esta misma caridad la impulsa á permanecer con nosotros para escuchar nuestros clamores y dispensarnos su misericordia. Asi reconoceremos la ternura de su corazon y llenos

de gratitud esclamaremos como Isabel al experimentar sus bondades: *Et unde hoc mihi ut veniat mater Domini mei ad me?* Está suficientemente declarado el objeto del presente discurso. Dios Nuestro Señor se digne iluminarme por la intercesion poderosa de la Santísima Vírgen. *Ave Maria.*

PARTE ÚNICA.

La religion es, señores, el ejercicio de la caridad. San Juan nos lo demuestra por estas palabras: Dios es caridad: el que permanece en caridad, permanece en Dios y Dios en él. La caridad es la contraposicion del amor propio y la condenacion del egoismo. El Dios Salvador; el que siendo eterno quiso nacer en tiempo y presentarse en el mundo como Legislador y Maestro, nos enseñó no solo con su palabra omnipotente sino tambien con su ejemplo á practicar la caridad que es la Reina y la Señora de las virtudes todas: la piedra fundamental que sostiene todo el edificio de la verdadera piedad y dijo terminantemente que queria fuesen conocidos en el mundo sus discípulos por el amor que mutuamente se profesasen. Ved, señores, en que clase de autoridades me fundaba para decir que la Religion es el ejercicio de la caridad.

Jesucristo, Maestro y modelo de la humanidad era Dios: era por consiguiente la santidad increada; pero en su misma familia, en la familia humana de Jesucristo, tenemos perfectos modelos de santidad creada. Abrid, señores, con el respeto debido el gran libro de oro, que llamamos Evangelio: leed con detenimiento sus bellas páginas que trazara el

dedo del Omnipotente y allí vereis la historia de la mujer, creada para ser tipo perfecto de la humanidad: penetrad con vuestro espíritu en la humilde morada de María y José, y encontrareis el modelo de la sociedad doméstica, de la sociedad conyugal. Salid de allí, seguid á María en todos los actos de su vida, y hallareis el modelo de la sociedad en general, de todos y de cada uno de los miembros que la componen.

¿Dónde se dirige, señores, la pudorosa Virgen de Judá, atravesando áridos caminos, erizados de montañas, cortados por torrentes y sembrados de desiertos? Y es mas: el Evangelio, en el cual no se halla palabra alguna ociosa, nos hace notar una circunstancia que no debemos dejar pasar desapercibida: «Fué María con prisa: *cum festinatione*.» ¡Cómo así! María que jamás obraba precipitadamente, sino con la tranquilidad y sosiego que siempre acompaña al justo en todas sus obras, camina con la mayor presteza: hed aquí lo que obra la caridad, ese fuego santo móvil de toda accion verdaderamente heroica. Verdad es que dice San Pablo: *charitas non agit perperam*: la caridad no obra precipitadamente; pero habla de esa precipitación que no deja tiempo á conocer la bondad de la obra que se piensa ejecutar. María habia sabido por el ángel que le anunciara su exaltacion sublime, que Isabel su parienta, habia concebido en su vejez y que se hallaba en el sexto mes de su embarazo: en el momento se cree obligada á visitarla y á prodigarle sus cuidados. Dios la inspira porque en casa de Isabel debian encontrarse aunque en los senos de sus respectivas madres, el autor de la gracia, y el que habia de ser santificado antes de ver la luz del mundo.

Y fué así; fiel María á la inspiracion divina, impulsada por la llama de la caridad que ardia en su pecho, abandona su morada, y sin parar mientes en lo dilatado del camino de noventa millas que distaba de Nazareth la ciudad de Ain, que es segun la opinion de algunos escritores, en la que vivian los padres del Bautista, sale con la mayor presteza para dirigirse á la casa de su parienta. ¡Y cuánto tendria que sufrir en estas jornadas! Tenia que atravesar una parte de la Galilea, la hostil Samaria, y casi todas las tierras de Judá. Aquellos caminos, dice el poético Orsini, se hallaban entonces hundidos bajo las pesadas plantas de los camellos, y cubiertos de piedras resbaladizas que amenazaban á cada paso al viajero con una caida fatal. Llegaria la noche, y entonces se haria mas terrible el aspecto de aquellos lugares solitarios, por las densas tinieblas de que María y su compañero José se veian rodeados. Ni una de esas luces, que aunque se vean á gran distancia, sirven de consuelo al viajero, se presentaria á su vista. ¡Y tenia María tan cerca, dentro de su inmaculado seno al que era la luz verdadera que venia á iluminar al mundo entero!...

La Providencia velaba, y María llegó á la casa de Isabel: allí se encuentran, el que como acabamos de decir, era la luz y el que estaba destinado á dar testimonio de esta luz: dos niños, dice D'Argentan, el uno encerrado en el seno de una madre vieja y estéril, la cual es imágen de la ley antigua que no producía la gracia, sino la prometia y aguardaba; el otro en el de una madre jóven y Virgen, pero fecunda, que es imágen de la nueva ley, fecunda en santidad, y rica y abundantísima en gracias.

¡Oh visita admirable! ¡Cuán extraordinarios fueron

sus efectos! La caridad ha conducido á María á aquella feliz morada: Juan es santificado é Isabel fué llena del Espíritu Santo. Ambas Madres se convierten en profetas y ven como de presente el porvenir.

Bienaventurada porque has creído, dice Isabel ante cuyos ojos se descorre el velo del Misterio.

Bienaventurada me llamarán desde ahora todas las generaciones, dice María, que penetra en espíritu por medio de las generaciones.

¡Cuánto pudiéramos ahora decir acerca del exacto cumplimiento de tan bellos vaticinios! Antes de concluir le dedicaremos cuatro palabras. Contemplemos ahora á María durante el tiempo de su residencia en casa de Isabel: duró tanto cuanto Isabel necesitó de sus cuidados. Asistiéndola con asiduidad, acompañándola, dándole santas instrucciones, allí permanece hasta tanto que se verifica el nacimiento del afortunadísimo varón que había sido santificado en el vientre de su Madre, del Profeta del Altísimo, y mas que profeta Juan Bautista, cuyo destino era señalar con su dedo al Cordero de Dios que quita los pecados del mundo. Despues y concluido este ejercicio de caridad, María se dispuso á partir para su pobre morada de Nazareth, y lo verifica con harto dolor de Isabel y de Zacarías, que hubiesen querido disfrutar por siempre tan honrosa compañía. La caridad es prudente, y María debia atender al cuidado de su esposo. Empero la casa de Isabel quedaba santificada: Juan había recibido la gracia y Zacarías había participado de los dones celestiales. Justa fué tu admiracion ¡oh Isabel! al esclamar: ¿De dónde esto á mí que la Madre de mi Señor venga á visitarme? *Et unde hoc mihi ut veniat mater Domini mei ad me?* Fué impulsada por la caridad,

á llenar tu casa de bendiciones y á que con la presencia de su divino Hijo fuese Juan santificado y tú llena del Epíritu Santo. Ya has experimentado el motivo de su visita.

Ahora bien, señores: ¿La Iglesia no es aun mas dichosa que la casa de Isabel? Sí; el que santificó al Bautista en el vientre de su Madre se halla no por tiempo limitado sino perpétuamente entre nosotros: en ese augusto Sacramento tenemos á Jesucristo tan presente á nosotros como en el cielo á los ángeles y bienaventurados. La Virgen purísima en cuyo seno fuera á casa de Isabel vive en la Iglesia, porque si su morada es el cielo donde reina sobre los ángeles y los hombres, tiene sus ojos misericordiosos fijos en nosotros y atentos sus oídos para escuchar nuestras necesidades. En todas partes nos encontramos con María: en nuestros infortunios la llamamos y nos escucha; en nuestras enfermedades la invocamos y conseguimos la salud: en medio del tempestuoso mar de las pasiones mundanales á ella nos acojemos y experimentamos la mas apacible bonanza. Asi al conocer que á pesar de nuestra ingratitude, siempre nos visita y nos consuela, siempre es para nosotros Madre de la Misericordia, no podemos menos de esclamar como Isabel. ¿De dónde á mi esto que la Madre de mi Señor venga á visitarme? *Et unde hoc mihi ut veniat mater Domini mei ad me?*

Madre de la Misericordia he dicho; y al pronunciar esta palabra me he colocado delante de un abismo inconmensurable que ciertamente no podré salvar. ¡La caridad de María, su misericordia para con las criaturas! ¿Qué podré yo decir acerca de esta cualidad de Maria, cuando no hay un solo sér

humano que no la haya experimentado? Dirijamos señores, una atenta mirada por la faz del universo. ¿Qué es lo que vemos por do quier? Monumentos impercederos que trasmiten de una en otra generacion la memoria de las misericordias de María. Esos templos magnificos que arrebatan nuestras atenciones, tanta multitud de altares, tantos y tan bellos simulacros que con una atraccion indefinible arrebatan nuestros corazones, haciéndoles rebosar en las mas dulces expansiones: tanto número de congregaciones dedicadas á tributar cultos á la simpática Madre de Dios y de los humanos, ¿qué nos dicen? Empero hablad vosotros, individuos que componeis esta ilustre hermandad: ¿por qué aclamais á María bajo el bello título de la Misericordia? ¿Por qué os unís para tributarla estos tan solemnes cuanto devotos cultos? ¿Qué significa ese entusiasmo con que venís á escuchar sus glorias y sus alabanzas? Es que sabeis que rodeados de miserias y espuestos entre mil peligros saltariamos de precipicio en precipicio hasta dar en el mayor de todos, si María no nos saliera al encuentro, y cumpliendo con su oficio maternal no nos guiara por las sendas de la rectitud.

María, señores, dejádmelo decir: María es una Providencia de la humanidad: maldicion al que diga lo contrario: maldicion al miserable que se atreva á ultrajarla: ¿Y por qué es una Providencia? Yo lo comprendo al fijar mi atencion en sus relaciones divinas y sus relaciones humanas. Partiendo del principio de fé de que Jesucristo es el solo mediador de propia autoridad y escelencia, interpuesto entre el Eterno Padre y la humanidad, hemos de

convenir con la Iglesia que así nos lo enseña que María es la medianera de intercesion interpuesta entre Jesucristo y los humanos: al lado del trono de Jesucristo hay otro trono en la gloria y es el de María: un lazo íntimo de amor los une. Para hallar á Jesus, es menester buscarle por María: oid á San Bernardo: *Ad Jesum per Mariam*. Ella es para el mísero mortal perdido entre las escabrosidades de la culpa lo que el lucero de la mañana para el viajero que se vé perdido en un camino desconocido y sembrado de malezas: lo que es la vista de la playa para el infeliz navegante harto de luchar con el furor de los elementos en días aciagos de horrosas tempestades. Sí: lo repetimos: *Ad Jesum per Mariam*.

No hay entre los individuos que me escuchan uno solo que no haya clamado á María, que no haya invocado su nombre, que no haya acudido á ella en el dia malo de la afliccion y la desgracia. ¿Y no habeis experimentado los benéficos efectos de su proteccion? ¿No habeis salido consolados de su presencia? ¡Ah! Si no es así, yo consiento, sirviéndome de las mismas espresiones del Abad de Claraveaux, en que no la invoqueis mas, en que no volvais á celebrar sus alabanzas y sus glorias. Hablo en el concepto de que le hayais pedido con las disposiciones que deben acompañarnos al dirigirnos á María. Digámoslo sin temor de ser desmentidos: nadie acudé á María que no esperamente su misericordia.

Con justa razon, pues, la arquitectura se ha empleado en levantar á su honor los mas bellos monumentos; la música y la poesía le han dedicado las mas sublimes inspiraciones del génio, la pintura ha trasladado

sus Imágenes en el lienzo, y los varones mas eminentes en la ciencia le han consagrado el fruto de sus desvelos. Con razon en toda la estension del cristianismo, en los mayores centros de poblacion, como en la aldea mas pobre y miserable, corren en confusion el decrepito anciano, el tierno parvulillo que aun juguetea en el regazo materno, la apuesta doncella en cuya imaginacion bullen las ideas de los encantos sociales, como el hombre de negocios y el encanecido militar á quien no turbó jamás el ruido de las balas, ni el aspecto imponente del campo de batalla, todos digo, corren presurosos y con lágrimas de ternura á adornar con flores sus altares, á cantar sus alabanzas y á impetrar sus misericordias. Todos forman parte de esa cadena interminable de admiradores, que como el ángel Gabriel y despues la esposa de Zacarías saludan á la protectora de la humanidad diciéndola: «Bendita eres entre todas las mujeres y bendito es el fruto de tu vientre.»

¿Me preguntareis aun á vista de tantas misericordias y de los grandes y extraordinarios beneficios que á María debe la humanidad, como es que de tal modo nos visita y nos ampara? ¿Repetireis las expresiones de Isabel: *Et unde hoc mihi ut veniat mater Domini mei ad me?* La caridad, señores, que la hizo atravesar las montañas de la Judea, para prodigar sus cuidados á su prima Santa Isabel, la tiene en medio de nosotros para dispensarnos su misericordia, y el cristianismo agradecido que asi lo reconoce la aplaude y la celebra, y colmándola de bendiciones no cesa de impetrar su proteccion.

Reasumiendo, señores, reunid bajo un solo punto de vista cuanto hemos manifestado. Contempladla

poco despues que en ella se ha obrado el gran Misterio de la Encarnacion del divino Verbo. Ha sabido el estado en que Isabel se encuentra, no obstante hallarse en la senectud y con la mayor preseteza corre á su lado para acompañarla y asistirle. La que se hallaba elevada á la cumbre de la mayor grandeza, pues que en su seno residia el monarca de las eternidades, no se desdeña de emprender un viaje molesto y sufrir las consecuencias necesarias, ni de asistir á su parienta. El autor de la caridad residia en su seno y la impulsaba.

Ahora que reina en los cielos, no olvida ni por un momento que es nuestra Madre, y tiene su vista fija en nosotros para atender á nuestras necesidades: madre de misericordia, su deseo es dispensárnosla á manos llenas, ejerciendo en nuestro favor el poder de intercesion que le ha sido concedido: en su constante anhelo por nuestra felicidad, nos llama á sí, diciéndonos. «Venid á mí, todos los que me deseais y saciaos de mis frutos (1).» ¿Y de qué modo podremos llegarnos dignamente á la protectora benéfica de la humanidad? No de otro que por la hermosa escala de las virtudes. La caridad sea nuestro norte: guiados por ella amemos á Dios sobre todas las cosas y á nuestros prójimos por Dios; cimentada nuestra regla de conducta en tan sólido fundamento, nos haremos gratos á la Purísima Virgen, tan interesada en nuestra Salvacion, y al modo que viviendo en carne mortal visitó á su parienta Santa Isabel, cuando creyó que necesitaba de sus cuidados, nos visitará á nosotros en el dia de la tribulacion, defendiéndonos de

(1) *Transite ad me omnes qui concupiscites me, et á generationibus meis implemini. Eccli. cap. XXIV. v. 26.*

todos nuestros, contrarios y guiándonos por los caminos de la rectitud que nos conducirán á la felicidad eterna de la Gloria.

Virgen Santísima; modelo perfecto de todas las virtudes, margarita preciosa, mas que cuantas encierra el universo; protectora benéfica de los humanos; sois nuestra Madre y tenemos derecho á esperar todo de vuestro amantísimo corazón: no nos desampareis en este valle de lágrimas y de miserias: sed la estrella que nos guíeis en la oscuridad del mundo: estad siempre á nuestro lado para ampararnos y favorecernos, y cuando llegue para cada uno de nosotros el momento terrible de nuestra partida del mundo, visitadnos impulsada por aquella caridad que os hizo atravesar las áridas montañas de la Judea, para visitar á la esposa de Zacarías. Si así lo haceis, nada tendremos que temer: con vuestro auxilio tendremos un fin dichoso: con vuestra protección conseguiremos el Cielo. Amen.

SERMON

PARA EL DIA

DE LA PURIFICACION DE NUESTRA SEÑORA.

Postquam impleti sunt dies purgationis ejus secundum legem Moysi, tulerunt illum in Jerusalem, ut sisterent eum Domino.

Después que fueron cumplidos los días de la purificación de María, según la ley de Moisés, llevaron á Jesús al templo para presentarlo al Señor.

Luc. c. II, v. 22.

Todo es grande y misterioso en nuestra angusta religion: todo en ella respira magestad y grandeza. Si contemplamos el misterio de la Encarnacion del Verbo en las purísimas entrañas de la Santísima Virgen, por mas que sea tan limitado nuestro entendimiento, no dejamos de ver en él la gran bondad y misericordia de Dios, que dió á su Hijo unigénito por nosotros: si paramos nuestra consideracion en el Santísimo Sacramento de la Eucaristía, admiramos rostro en tierra la mayor de las maravillas, y la presencia real y augusta de Dios en nuestros altares nos da á conocer el gran amor que nos profesa. Arrebátase nuestra imaginacion cuando pensamos en el privilegio sin